

INFORME SOBRE LA EXPERIENCIA ARQUIA/BECAS 2013

- RAFAEL RAMÍREZ ÁLVAREZ DE LARA -

Mi nombre es Rafael Ramírez Álvarez de Lara y he sido becario Arquia, dentro del programa para realización de prácticas en estudios europeos de arquitectura, en la convocatoria del año 2013. En mi caso el estudio de destino fue Patxi Mangado y Asociados, localizado en Pamplona, abarcando el período de prácticas desde febrero a agosto del presente año 2014.

El objeto del presente dossier es servir de testimonio de esta experiencia, tanto a nivel profesional como personal, atendiendo no sólo a lo referente al trabajo desarrollado en el estudio, sino también a todos los aspectos vitales de interés vinculados a la realización de la práctica.

INFORME SOBRE LA EXPERIENCIA ARQUIA/BECAS 2013

- RAFAEL RAMÍREZ ÁLVAREZ DE LARA -

Supongo que mi historia comenzó cuando finalmente recibí la confirmación de que me habían concedido la beca y tenía que elegir estudios de destino. Era un momento importante, pues de esta decisión dependerían los próximos meses y seguramente el resto de mi vida profesional, ya fuera a corto, medio, o largo plazo.

Considerando mis circunstancias personales y mis expectativas en cuanto a la práctica, decidí apostar por algún estudio pequeño, o mediano, con suficiente experiencia, con la idea de que en el transcurso de las prácticas pudiera participar de los diferentes aspectos que forman parte de los proyectos, nutriéndome de la sabiduría y la manera de hacer del equipo, sin el temor a estar enclaustrado en un departamento concreto, cosa que seguramente hubiera sucedido en un estudio de mayores dimensiones.

Mi primera opción fue el estudio de Álvaro Siza, en Oporto (cómo no, el Maestro en primer lugar), pero habiendo entrado en conflicto con otro becario que había solicitado también ese puesto, me destinaron finalmente a mi segunda opción, Patxi Mangado, en Pamplona. Si bien aquella primera elección no fue posible, este resultado final me supuso igualmente una gran alegría, pues en realidad, conseguir plaza en cualquiera de los veinte estudios puede considerarse ya motivo suficiente de orgullo y júbilo.

Mi relación con el estudio de Patxi, que luego cambiaría tanto, era en un principio puramente casual: conocía a grandes rasgos su obra, por haberla estudiado durante la carrera, y había asistido a un par de conferencias en las que él había participado en Sevilla, ciudad donde yo estudiaba. A parte de esto, en una ocasión, y por cuestiones académicas, me puse en contacto con el estudio para solicitar los planos del Museo de Arqueología de Vitoria, información que ellos cedieron muy amablemente. Este último hecho, por nimio que sea, y la voluntad pedagógica que manifestaba Patxi en sus ponencias, escritos y su vida profesional en general, fueron los motivos que me animaron a solicitar su estudio como segunda opción (o como primera después de Siza, según se mire), comenzando de esta manera lo que se convertiría luego en mi aventura Mangado particular.

Pasarían unos seis meses desde la fecha de confirmación de la beca al inicio de las prácticas. Por motivos de ámbito académico y personal, acordé con el estudio retrasar la fecha de inicio hasta febrero de 2014. Esta flexibilidad, tanto por parte de la Fundación, como por parte del estudio, ha sido una de las cosas que más positivamente he valorado en relación a este programa de becas, pues gracias a ello me fue posible finalizar las prácticas que en aquel momento me encontraba realizando y del mismo modo concluir algunos asuntos universitarios que me quedaban pendientes.

En ese período de espera aproveché para conocer más a fondo la obra y la filosofía del estudio del que iba a entrar a formar parte. Fui adquiriendo madurez y mayor conocimiento acerca de sus proyectos, su forma de plantear el trabajo, su sistema para afrontar nuevos retos, y todo lo que

implica desarrollar una obra de arquitectura. Al menos en teoría. De esta manera fueron pasando los meses, creciendo el nerviosismo y la ilusión por comenzar el trabajo, hasta que llegó la fecha de partida y la preparación para lo que habría de venir.

Mi llegada a Pamplona fue muy tranquila. Apenas cinco días antes del inicio de las prácticas tomé el tren que, desde Badajoz, y con sus correspondientes transbordos, me dejaría, tras doce horas de viaje, en mi nueva ciudad. Digo que fue una llegada tranquila porque tuve la suerte de coincidir, en este lapso de tiempo que abarcó la beca, con un compañero de la Escuela de Arquitectura de Sevilla que se encontraba en Pamplona cursando un máster de diseño. Gracias a él pude resolver el asunto del alojamiento sin problemas, me explicó cómo funcionaba la ciudad, cuáles eran sus costumbres, cómo eran sus gentes, incluso me hizo una breve introducción a la climatología un tanto bipolar de la zona, que tanto me sorprendería después. Precisamente él había tenido como profesor al que iba a ser mi futuro jefe, con lo cual también me sirvió de guía e instrucción para lo que estaba por llegar...

Gracias a él establecí también las primeras relaciones sociales. En realidad tras este tiempo no puedo decir que haya llegado a conocer a mucho personal autóctono, tal vez por su carácter, tal vez por el mío, pero sí he vuelto con la satisfacción y la alegría de haber hecho grandes amistades, y de haber descubierto diferentes aspectos culturales de todo el mundo. A través de este compañero conocí a todos los alumnos que integraban el máster de diseño, que poco a poco, se fueron convirtiendo en la que sería mi familia de acogida durante los meses sucesivos.

El grupo estaba formado por alumnos y alumnas de arquitectura que procedían de distintas partes del mundo (Argentina, Costa Rica, Ecuador, Colombia, China, Italia, algún que otro español...), que consiguieron proporcionarle a mi estancia el toque multicultural que parecía perdido cuando escogí un destino nacional. Todos ellos me acogieron como uno más, ofreciéndome su afecto, su apoyo y su ayuda en todo momento. Ellos han sido, como suele suceder, los que han hecho de esta experiencia algo inolvidable: las prácticas acaban, pero los amigos y lo vivido y aprendido junto a ellos permanece.

Además, tener conocidos desde el primer momento me supuso un importante sustento a nivel personal, pues como tristemente descubriría después, un trabajo de estas características deja más bien poco tiempo libre para el desarrollo de las cuestiones sociales.

Pues bien, llegó el momento del inicio de las prácticas, lunes 17 de febrero de 2014, y me presenté en el estudio de Patxi, puntual, 09:00, sin más indicaciones que lo que me habían comentado los chicos del máster, que conocían el estudio muy de cerca. Resultó que en esa época se estaba realizando un cambio del personal administrativo, así que mi persona de contacto había desaparecido dejándome con todas las preguntas sobre el funcionamiento interno sin respuesta. Como quiera que fuese, todas estas dudas encontrarían pronto su solución, cuando ya una vez dentro me explicaron las condiciones de trabajo, horarios, derechos y deberes y todo lo que debía saber concerniente a la labor que iba a realizar.

Conocí primero al equipo, compañeros de penas y alegrías posteriores, y más tarde al jefe. En el momento de mi llegada estaban trabajando en el estudio diez personas, ocho arquitectos y dos estudiantes en práctica que conformaban un grupo internacional bastante atractivo: el segundo al mando y otro de los veteranos eran argentinos, la chica que acumulaba más experiencia, de allí, dos arquitectos recién titulados por la Universidad de Navarra, que procedían de Pamplona y Zaragoza, una arquitecta francesa, un chico portugués que había trabajado con Siza, una chica italiana que emigraría al poco tiempo a Portugal, los dos estudiantes en prácticas, de Vitoria y Granada; y para rematar entré yo. Descubrí al tiempo que en realidad el personal del estudio podía fluctuar bastante, con salidas e incorporaciones frecuentes, aunque en general el número de trabajadores siempre permanecía más o menos constante.

Al igual que las amistades establecidas fuera del ámbito profesional, mi relación con este equipo ha sido otro de los puntos fuertes sobre los que me gustaría incidir en estas líneas. Ellos han sido los verdaderos instructores que me han guiado a lo largo de este proceso de aprendizaje, compañeros dentro y fuera del entorno laboral, gracias a ellos puedo decir que ésta ha sido una experiencia fructífera, un tiempo que, si bien cobrado con esfuerzo y algún que otro dolor de cabeza, ha merecido la pena y me ha hecho crecer como persona, como trabajador, y como arquitecto.

Por otro lado estaría el jefe, Patxi Mangado, que aunque a otro nivel, más acorde a su jerarquía, también ha contribuido a esta causa. Lo que desde el principio más me sorprendería de él es su capacidad para controlar todos los temas sin que nada se le escape, un millón de cosas a la vez, todas meticulosa e intensamente analizadas y procesadas. Bien fruto de la experiencia, bien capacidad innata, esa perspicacia a la hora de resolver problemas y plantear soluciones ha sido la cosa que más me ha asombrado de su manera de hacer. En lo negativo no puedo decir que no haya cosas que también me han sorprendido, pero supongo que nadie es perfecto, y si esto tiene que ser un resumen final personalizado, yo me quedo con lo bueno...

Pues bien, tuve la oportunidad de conocer a Patxi en mi primer día de trabajo, toda una suerte considerando la cantidad de veces que viajaba al extranjero a dar clases y conferencias, o a otros puntos de España a resolver gestiones del estudio. Tras un apretón de manos y una breve charla cordial me dio la bienvenida oficial al equipo y me animó a disfrutar de la estancia y a trabajar duro. Y así comenzó la historia.

El primer encargo que me encomendaron fue sencillo. Mientras se organizaban y buscaban un puesto y una tarea más concreta para mí me dejaron tiempo para analizar en detalle y empaparme bien de los últimos proyectos realizados, estudiar la forma de trabajar, a nivel técnico e informático, del estudio, y en definitiva hacerme con el sitio. Resultó, para mi tranquilidad, que se organizaban de una manera muy eficiente, considerando la cantidad de trabajo y de personal que se involucraba en los proyectos: todo el sistema de archivos y estructuración interna estaba muy claro, por lo que era fácil familiarizarse con la forma de proceder. Los programas de diseño que utilizaban, igualmente, eran los que yo había manejado durante toda la carrera y que ya conocía a la perfección, con lo cual esto tampoco supuso ningún problema técnico.

Tras unas cuantas horas de exploración por el servidor y ojeadas a los distintos concursos, ese mismo día me adjudicaron mi primer trabajo. De una manera u otra este primer proyecto continuaría conmigo de forma intermitente prácticamente hasta la finalización de la beca, como esa típica tarea a la que siempre hay que volver entre encargo y encargo por haber quedado cosas pendientes. Se trataba de la rehabilitación de las antiguas termas de Amélie-les-Bains, en el Pirineo francés, concurso ganado haría unos cuantos meses en el que había participado, precisamente, mi predecesor de Arquia.

El proyecto no se había tocado desde la fecha de concurso, y lo que tenía que hacer, básicamente, era limpiar planos, corroborar que la información fuera coherente, y completar todos los temas gráficos que, por prisas o por falta de espacio en los paneles, habían quedado sin terminar. Labor de delineante donde las haya, pero que me enseñó, a base de quebraderos de cabeza y corrección de errores, la importancia de organizarse y ser pulcro a la hora de trabajar en equipo. Asimismo esta primera toma de contacto me serviría como base práctica para entender el sistema de trabajo interno con el que hasta entonces me había estado familiarizando sólo de manera teórica.

Este primer acercamiento a las termas de Amélie se prolongaría aún durante un par de semanas, pero en ese período surgiría otra tarea que, muy gratamente, haría cambiar mi visión del estudio y el trabajo. A principios de año se había organizado una exposición sobre la obra de Patxi en la Galerie d'Architecture de París, exposición que incluía maquetas, paneles, libros, vídeos, y material de soporte, todo ello diseñado y organizado por el estudio. Pues bien, tras un mes con resultados bastante satisfactorios, era necesario ir a desmantelar, empaquetar y hacer balance de todo aquel tinglado. Yo, que acababa de llegar y no tenía nada importante entre manos, y que podía ayudar con aquellas labores de índole más bien física, parecía una opción razonable para acompañar y echar una mano a los miembros del equipo que estaban a cargo de estas cuestiones.

Ser mozo de almacén no es que fuera el trabajo de mis sueños, pero era París, gastos pagados, y la oportunidad de ver en vivo y en directo todo el compendio de obras que había estado estudiando desde hacía tantos meses. Además este viaje, que recuerdo con mucho cariño, fue también una oportunidad para profundizar a nivel personal con los compañeros, que me contaron anécdotas del estudio, historias graciosas y no tanto sobre el trabajo, el equipo y el jefe, y que me ofrecieron muy amablemente su ayuda y un primer contacto humano dentro del ámbito laboral.

A la vuelta de París me dedicaría de nuevo a las termas de Amélie, al menos un par de semanas más, hasta llegar al punto en que el proyecto alcanzó un grado de coherencia y corrección aceptables. Tras este proceso comenzaría una nueva etapa dentro de mi estancia en el estudio, un nuevo período que me aportaría mayor madurez y una visión más profunda de lo que supone el trabajo contemporáneo en el ámbito de la arquitectura y la colaboración dentro de un equipo. Mi primer concurso se me antojó casi como un reto individual.

Quizá fuera por desorganización interna, quizá porque las fechas resultaron así, o porque no corría prisa, pero en mi primer trabajo de concurso me vi en la situación de estar solo frente al papel en blanco, únicamente guiado por unas breves indicaciones de Patxi y las pautas establecidas en las

bases del concurso. Se trataba de la nueva sede central de oficinas de Manateq, en Doha, Qatar, una empresa petrolífera que había sacado a concurso, con carácter restringido, el que sería su edificio principal, de catorce mil metros cuadrados. Pasaría un tiempo hasta que el equipo de trabajo se ampliara y conformara definitivamente, pero hasta entonces tuve que defenderme por mi cuenta ante aquel desafío proyectual, llegando a suponer para mí una cuestión casi personal.

He de reconocer, no obstante, que si bien experimenté momentos de tensión ante la falta de apoyo o la colaboración de un equipo bien formado, estos inicios sin más recursos que los míos propios me aportaron mayor seguridad y confianza en mí mismo, y me ayudaron a perder, en parte, el miedo, o la timidez a la hora de proponer cosas y participar e involucrarme más profundamente en las cuestiones del estudio. Felizmente, el grupo de trabajo que se conformó después consiguió empastar bastante bien, y el resultado fue muy satisfactorio, tanto que, de hecho, logramos pasar a la siguiente fase del concurso. Este fallo del jurado supuso también para mí una recompensa al trabajo realizado y una gran alegría, pues era la primera vez que conseguía un reconocimiento, ya fuera ganar el concurso o simplemente pasar a la siguiente fase, de esta trascendencia.

Si con el concurso de las oficinas sufrí momentos tensos y aprendí que no sólo durante la carrera se pasan largas noches de entrega en vela, nada de lo que había vivido hasta entonces me podía haber preparado suficientemente para lo que habría de venir. Tras un nuevo repaso a las terms de Amélie, esta vez para incorporar cambios propuestos por el promotor y la empresa constructora, me embarqué en el que sería el segundo concurso desarrollado durante mi estancia en el estudio.

Este nuevo concurso, también de ámbito internacional, consistía en el diseño de una nueva plaza y dos edificios, un museo etnográfico y un centro tecnológico digital, cada uno con unos veinticuatro mil metros cuadrados, en Hunan, China. A poco más de un mes de la fecha límite de entrega se hicieron los primeros esbozos de la propuesta, con lo cual ya desde el inicio se podía entrever la escasez de tiempo de que disponíamos. A esto se sumó la falta de organización y el desfase horario entre nuestro estudio, el estudio que hacía de intermediario con China, y el propio estudio de destino que se encargaría de la traducción y el montaje final.

Hablar de horas extra, noches en vela y fines de semana encerrados en el estudio es quedarse corto. Afortunadamente, al igual que en el caso anterior, parece que el esfuerzo siempre da sus frutos, y nuestra propuesta fue seleccionada como ganadora, aunque en esta ocasión el resultado no consiguió quitar el mal sabor de boca que había dejado una entrega hecha en aquellas condiciones. Tras esto (quizá deba decir por suerte para mi salud) mi colaboración en otros concursos fue sólo puntual, ayudando en los momentos en los que hacía falta más personal o un apretón para la puesta a punto antes de la entrega.

En este sentido, el siguiente (que sería para mí el último) concurso que se estaba realizando en el estudio se me planteó como un trabajo mucho más tranquilo. Se trataba de la ampliación del Museo Nacional de la Edad Media de París, un proyecto en colaboración con un estudio local, que de manera mucho más cauta y mejor organizada, ya llevaba unos meses gestándose. Como quiera

que fuese, tristemente este trabajo no tuvo los resultados esperados, quién sabe si tal vez en el mundo de la arquitectura no terminan de funcionar bien las entregas realizadas con más calma...

Tras este último concurso y una nueva revisión a las termas de Amélie-les-Bains, esta vez por cuestiones referentes a normativas de accesibilidad y aspectos técnicos estructurales y de instalaciones, comenzaría la recta final de mis prácticas en el estudio de Patxi. En esta ocasión me involucré en el proceso de redacción de un proyecto ejecutivo para un complejo de viviendas en Toulouse, Francia, obra ganada por concurso hacía ya un tiempo que se encontraba en la recta final antes del inicio de las obras, previstas para septiembre de 2014.

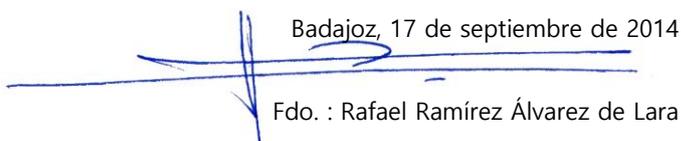
La experiencia de estas viviendas, si bien me costó poder disfrutar de las fiestas de San Fermín plenamente, ha sido uno de los trabajos más reconfortantes que he vivido a lo largo de este período de prácticas, y podría decir, a lo largo de toda mi carrera. En su mayor parte le debo esta situación a los compañeros con los que estuve trabajando, con los que llegamos a formar un equipo heterogéneo, pero bien compacto, con un excelente grado de complicidad y capacidad de trabajo en grupo. Recuerdo con ilusión casi infantil los momentos en los que nos reuníamos, todos juntos sobre el papel, intentado resolver problemas, proponiendo soluciones, desarrollando detalles que abarataran el precio sin perder calidad, componiendo, calculando, y en definitiva, dando lo mejor de nuestra capacidad como arquitectos.

Con esta obra llegaría al final de mi etapa de prácticas, no sin antes recibir por parte del jefe la enhorabuena por todo el trabajo realizado y la posibilidad de un contrato tras la finalización de la beca. Tuve que rechazar esta oferta, sin embargo, pues por motivos académicos me resultaba imposible: aún tenía que finalizar el Proyecto Fin de Carrera, y no podía seguir retrasándolo. No obstante, con cordialidad diplomática acordamos permanecer en contacto con vistas al futuro, para así, si las circunstancias lo permitiesen, poder volver al estudio que tal y como hemos visto me acogió en los primeros pasos de mi carrera profesional.

Y aquí acabaría la historia de mis aventuras en el estudio de Mangado y en Pamplona. Tras seis intensos meses me llevo todo lo aprendido y la satisfacción y la gratitud por haber podido participar de una experiencia como esta, que recomiendo encarecidamente a todo joven arquitecto. Sólo me queda agradecer a toda la gente que ha hecho posible y ha colaborado en este proceso, desde la Fundación y el personal que nos ayudó con los trámites iniciales, hasta los compañeros con los que he podido compartir el día a día. Cómo no, mil gracias también a la ciudad y los habitantes de Pamplona y a todos los amigos que allí he conocido, y que han hecho de esta estancia una experiencia única.

Gracias a todos, y hasta siempre

Badajoz, 17 de septiembre de 2014



Fdo. : Rafael Ramírez Álvarez de Lara